

# **Presentación**



Las fechas que señalan el término de un ciclo cronológico seducen y retan. Los finales de período, sobre todo los finales de siglo y de milenio, se han prestado a especulaciones sobre el fin del mundo y de la historia. Pero de forma positiva, los inicios de año y más aún de siglo -no digamos nada de los inicios de milenio- son fechas que exacerbaban la capacidad humana para anticipar el futuro. Espacializamos el tiempo, y el inicio de un nuevo período de cómputo se nos antoja como el acceso a una nueva sala del palacio hechizado, que es la temporalidad de la existencia. ¿Qué habrá en el nuevo año, el nuevo siglo, el nuevo milenio? nos preguntamos, como si los acontecimientos históricos fueran muebles y tapices, cuadros y esculturas ya presentes en esa nueva sala del palacio hechizado en el que vamos a entrar. La imagen es engañosa, pues en realidad el tiempo no es una estancia que está allí; el tiempo se espacializa sólo en los calendarios y agendas, que son páginas vacías en las que los años, los meses, los días y las horas son formalidades esquemáticas que nos ayudan a organizar nuestros proyectos. Los acontecimientos históricos tampoco existen todavía; pero sabemos que en el futuro las condiciones en que se realizarán o se frustrarán nuestros proyectos no están bajo el control de nuestra decisión, y por eso nos las imaginamos como realidades ya existentes, cuando en realidad son simplemente efectos de decisiones de otras libertades y de contingencias fortuitas.

Un poco de esa anticipación comenzamos a vivir ante el inicio del siglo y del milenio que se aproxima. El papa Juan Pablo II invita a un triduo de catequesis y reflexión en torno a Jesucristo, el Espíritu Santo y el Padre, que debe comenzar en 1997 a fin de preparar nuestra entrada en el tercer milenio de la fe cristiana.

Pareciera que ante la novedad de un siglo y de un milenio que se aproximan, no podemos seguir haciendo lo mismo; no podemos seguir creyendo lo mismo, o por lo menos no podemos seguir creyendo de la misma manera. Pero no se trata de eso ciertamente. Se trata más bien de la oportunidad catequética y evangelizadora. Se trata de

aprovechar la ocasión favorable. Esa expectativa colectiva ante el nuevo siglo y el nuevo milenio debe ser potenciada con la fuerza de la esperanza cristiana. No que esto se deba hacer sólo ahora; sino que ahora puede ser una ocasión más favorable.

Ciertamente los acontecimientos de la vida personal y de la historia común nos vuelven a plantear preguntas. Ante el secularismo de finales del segundo milenio, ¿debe concebirse el inicio del tercero como culminación de esa tendencia? O la expectativa del futuro, el anticipo de cosas nuevas ¿debe llevarnos a los creyentes a plantearnos de nuevo el tema de la fe con el propósito de tener una palabra de aliento que ofrecer a quien busca la alternativa al secularismo y la indiferencia en la cuestión de Dios? Porque es concebible que el paso de ciclo en el cómputo del tiempo también plantee a muchos la cuestión de la fe: es posible que el agotamiento filosófico con que llegamos al final del segundo milenio -el postmodernismo preconiza el pensamiento débil-, predisponga los ánimos a una cierta receptividad para la palabra de la fe, no como último recurso, sino como posibilidad de revigorizar el pensamiento con la fortaleza de la esperanza y la confiabilidad de la fe.

Pero tampoco en estas circunstancias podemos decir lo mismo de la misma manera. No basta con repetir *la verdad* de la fe; hay que hacerla creíble. Y ésta es tarea de cada época y de cada ocasión. Porque las razones para creer hoy no son las del pasado más reciente.

Si algo ha ocurrido en los últimos siglos del segundo milenio ha sido la paulatina esclerotización de la fe en el asentimiento a la doctrina cristiana. El Vaticano II y la renovación teológica que le siguió devolvieron al concepto de fe el carácter de respuesta a Dios que se acerca y se revela dándose a Sí mismo en un encuentro personal. Pero el discurso que se realiza al nivel de los teólogos tarda en calar al nivel de los laicos creyentes, y más aún si se trata de alcanzar al círculo de los que están al margen de la Iglesia, sobre todo en las sociedades descristianizadas. Sí, tarda mucho en convertirse en sustancia de la predicación y en testimonio de vida. De ahí que sea necesario reflexionar nuevamente sobre el Credo, para decirlo de una

manera nueva, con el fin de conseguir una palabra significativa para las expectativas con que anticipamos el inicio del tercer milenio.

Éste es precisamente el propósito que persigue la revista SINITE con el presente número 113, intitulado *Credo cristiano para el III<sup>er</sup> milenio*. Colaboran en él teólogos preocupados por hacer llegar, de manera actualizada y viva, a los cristianos de hoy el Credo cristiano de antes de ayer. No se presentan todos los artículos de la fe cristiana, pero sí los principales. En total, siete. El lector se dará cuenta enseguida de que los comentarios que se hacen del Símbolo de la fe cristiana se dirigen a la inteligencia de los creyentes, por aquello de que los cristianos debemos saber dar razón de lo que creemos y esperamos (cfr. 1 *Ped* 3,15), que es muchísimo, pero que sobre todo están destinados a calentar los corazones de los fieles y a moverlos a que vivan de acuerdo con lo que confiesan creer.